

arte, en el cual ponía el calor entrañable que caracterizaba su psicología maravillosa. Todo él era efusión, todo entusiasmo. Una tan madura razón unida a un sentir tan juvenil y vehemente, raras veces se juntan.

* *

En aquella época, cuando conocí a D. Francisco, se debatía encarnizadamente la escuela filosófica a que pertenecía el grupo del cual formaba él parte.

Sanz del Río había traído a España, decía, las doctrinas krausistas, y muerto el maestro, quedaba, en primer término entre los epígonos, Giner. Habían pasado ya las ardientes polémicas de *La ciencia española*, pero aun se combatía contra la «filosofía alemana», por bastantes limitada al krausismo. Era general el tole tole contra los pensadores exóticos. El ingenio de Campoamor y la erudición de Menéndez y Pelayo los habían hecho, en general, impopulares.

Y no pocos amigos míos, de otros colores, andaban preocupados con el temor de que, por la amistad que me unía a Giner y a varios profesores del mismo matiz fuese yo un recluta de sus huestes.

Era inútil que repitiese una verdad, que acaso ni hoy será creída, a saber: que en jamás de los jamases D. Francisco ni sus amigos me expusieron teorías filosóficas, ni trataron de convencerme, ni cosa que lo valga. Nos faltaba tiempo para hablar de arte.

Justamente D. Francisco era, al menos por lo que yo he visto siempre — ¿y qué necesidad tenía de disimulos ni de ficciones? — el hombre más transigente, más abierto de entendimiento, más complacido al encontrar una chispa de originalidad.

* *

Uno de los favores que le debió mi formación moral, fué esta transigencia, este respeto a la ajena opinión, cuando es sincera.

Yo considero que la transigencia, entendida así, es una virtud, o una cualidad por lo menos; y siempre que necesité confirmarme en ella, una plática con D. Francisco me bastó.

Es verdad que tal modo de ser no ha dejado de costarme algunos disgustos, porque aquí, donde quizás las costumbres están más impregnadas de transigencia o, mejor, de indiferentismo, que en ningún país, la palabra y la pluma son intolerantes, desde antiguo; y quizás esto no deba achacarse a España tan sólo, pues actualmente, en América, no le consienten a uno ni la imparcialidad en el modo de juzgar esta guerra monstruosa.

No solamente las gentes no practican la tolerancia, sino que se oponen a que la practiquemos.

* *

Giner tenía un espíritu de justicia y de amor humano tan amplio y constante, que sin dejar de ser un convicto, y hasta un agitador de conciencias, su instinto le movía siempre a reconocer la razón ajena, y sobre todo, a inclinarse, efusivamente, ante el ajeno sentir.

Todas estas condiciones se reflejaron en su vida, que merecería ser escrita por quien, en diaria comunicación, haya recogido los rasgos encantadores de su personalidad.

No he visto a nadie más alegre, más infantilmente enamorado del vivir.

Todo le emocionaba hasta un punto casi místico: una flor, un árbol, un paisaje, una lectura.

Su frescura de impresiones no sufrió descenso; se prolongó hasta la avanzada edad de setenta y cinco años, como se prolongó el vigor de su inteligencia y su energía para el trabajo...

Ahora tenía entre manos un libro, y planes formados, y como conocí que era llegada su hora, lo único que lamentaba era no poder terminar la tarea que se había propuesto. ¡Pero, quién termina la tarea jamás! Todo obrero suelta las herramientas antes de que el sol se haya sepultado tras la montaña...

* *

Necesito repetirlo: afinidades de pensamiento, en cosas muy fundamentales, no existían entre este sabio y yo.

Y qué concepto habré tenido de él, para llegar al extremo de recelar de mí misma cuando no estábamos conformes ni podíamos estarlo.

La estimación más profunda, una verdadera veneración, eran tributo natural que le rendía. Su cálida

palabra de meridional relieve, tenía una fuerza persuasiva extraordinaria.

Además (él se complacía en repetirlo), siempre hay, entre los bien intencionados, terreno común, una zona neutral, en la cual puedan reunirse y estar perfectamente de acuerdo.

Así, por ejemplo, nada diferíamos en la importancia que otorgábamos a la pedagogía para la regeneración posible de España, en la cual Giner esperó siempre. Porque, insisto, era un español de corazón, y en el crítico momento de la pérdida de las colonias y guerra con los Estados Unidos, le vi sufrir, le vi con pesadumbre honda, con indignación patriótica, como debía ser.

Giner, más que nadie, comprendía y hacía comprender a sus discípulos lo hermoso, lo interesante del fondo español, visto al través de comarcas, monumentos, costumbres y tipos, surgiendo del fecundo campo popular.

En la Institución libre de Enseñanza se excursionaba, se andaba a pie, se visitaban pueblos y aldeas, y lejos de moldearse en nada extranjero, se cultivaba lo genuino nuestro, con religiosa piedad.

En detalles se revelaba tal sentido; el comedor de la Institución, lo adornaba una colección de pucheros, ollas y platos de cerámica española, recogidos dondequiera (varios en Galicia) y en cuyas formas y primitivo ornato encontraba Giner mil atractivos.

* *

Giner vivió con la mayor sencillez, con recogimiento, que no consistía en encerrarse en la biblioteca ni en el gabinete de estudio, sino en rehuir toda exhibición, toda vanidad, recatando hasta la influencia, muy extensa y muy real, que ejercía.

A la exquisita pulcritud de su persona se unía la mayor modestia en el vestir; era a un tiempo frugal, estoico y refinado. Dondequiera que llegaba su radio de acción, se ensanchaba la cultura, se suavizaba la relación humana.

La Biblioteca del Museo pedagógico, verbigracia, era la única de Madrid donde se prescindía completamente de enojosas cortapisas y se procuraba a toda costa difundir la instrucción.

Y ¿qué diré de la generosa actividad de Giner en pro del mejoramiento de la condición de las mujeres? En esto conformábamos absolutamente, con la diferencia de que él hizo tanto y yo tan poco.

Giner, como hombre de vida honesta, era feminista incondicional.

Gran asombro le causaban aquellos políticos radicales y avanzados, para la mujer tan severos como no lo fueron los varones del Renacimiento que la llevaron a la cátedra y a toda preeminencia.

De esto pudiera yo decir largamente, pero estoy aún padeciendo la debilidad de pluma y de discurso que sigue a los grandes dolores.

* *

Es curioso lo que nos sucede con esto de la muerte.

La tenemos bien prevista, y hasta parecería que oímos, como en el terrible drama, el chirrido con que afila su hoz. No ignoramos que va a llegar. Hay más: comprendemos, o creemos comprender, la ley necesaria, ineludible, que la trae. Se supondría que nos hallamos bien preparados, por largo presentimiento.

Y cuando se presenta, cuando nos ciega, al fin, el amarillo relámpago de su faz, nos causa tal sorpresa como si nunca sospechásemos que aparecería.

No es tanto la nota de la tristeza, como la de esa sorpresa indefinible y trágica, lo que domina en nuestro estado moral después de una pérdida que no ha de repararse nunca. Sorpresa y una especie de incredulidad misteriosa.

¿Significará esta incredulidad que algo sobrevive, y nos lo dice alguien, al oído, en las horas de prueba? No lo sé. Ello es así.

Y entretanto, fuera, en las calles y los paseos, un poco de papel de colorines es lo que queda de las fugaces alegrías de este Carnaval, que no consiguió disipar la pesadilla de la guerra, otro triunfo de la Muerte...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Apenas acababa la Intrusa de salir de mi hogar, cuando se dirigió, a pasos táticos y sigilosos, a otro hogar formado por ideales comunes, ya que no por los lazos de la sangre, y cortó una preciosa vida, consagrada al estudio, a la enseñanza y a nobles tareas.

Fué D. Francisco Giner de los Ríos el señalado para morir, mientras en la calle resonaban aún los gritos locos del Carnaval populachero, y se enlodaban los últimos puñados de confetti entre el barro sucio del arroyo.

Para mí, el que acaba de emprender el gran viaje era, tal vez, el más querido de mis amigos, que van desapareciendo uno tras otro.

Nació esta amistad, no de similitud de ideas, sino de un fraternal cariño engendrado por dos sentimientos: la convicción de la suma bondad de aquel alma escogidísima, y la constancia de la atención prestada a mi labor por el que a tantas cosas útiles se dedicaba, y, que sin embargo, jamás interrumpió la especie de vigilancia afectuosa que le merecieron las evoluciones de mi arte y de mi mentalidad.

* *

Conocí a D. Francisco Giner, siendo yo muy joven, y nunca se interrumpió la comunicación intelectual que había de unirnos, aunque ninguno de los dos tuviese tiempo de hacerla más frecuente, como yo hubiese deseado.

Hallábame entonces en un momento de gran desorientación, vacilando entre el verso y la prosa, sin haberme formado estilo, atraída por admiraciones contradictorias, en peligro de imitación.

No me cruzaba por las mientes el plan de escribir novelas, aunque en la adolescencia hubiese embozonado una.

Ensayaba (en secreto) varios géneros, y hasta proyectaba un tratado de política, creo que inspirado por la lectura del *Contrato Social*. En suma, no sabía por dónde andaba.

D. Francisco Giner, en largas conversaciones, sin hacer presión alguna sobre mi voluntad, limitándose a sugerirme puntos de vista, me fué abriendo camino en aquellas confusiones. Me alentaba a cultivar la poesía, y en esto creo que pecaba de indulgente; pero, a la vez, sus consejos me llevaron a recogerme, a estudiar algo y meditar un poco, antes de tomar dirección.

* *

Era Giner partidario de que el escritor se hiciese íntimo de sí mismo; de que penetrase en su santuario y no renegase del manantial en que acostumbraba beber; pero también de que recorriese el mundo, viajase, recibiese las influencias del aire exterior, y por ellas se hiciese doblemente castizo.

Es más fácil sentir que recordar, en esta penosa hora, cuántas indicaciones llenas de luz debí a don Francisco Giner.

Dábase en él un caso singular: siendo su terreno propio el de la filosofía y la pedagogía, al hablar de literatura creyérsele que le interesaba sobre todo el